

patrocinadas por Acción Española. Hasta tuvo el proyecto de publicar una obra que se iba a titular *El Hispanismo Creador* del que desistió —según afirma en sus memorias— para no competir con *La Defensa de la Hispanidad* que por entonces preparaba Maeztu.

En el mes de junio de 1938, el profesor García Morente pronunció dos conferencias en la Asociación de Amigos del Arte de Buenos Aires, que juntas fueron publicadas con el título de *Idea de la Hispanidad*. García Morente identifica lo español con lo cristiano, y la hispanidad con la cristiandad. «Toda nuestra historia está dominada —afirma— por esta idea fundamental: identificación de la hispanidad con la religión. Primeramente es la recuperación de España frente al musulmán, que se identifica con la unificación religiosa. Después es la salida al vasto mundo... Lo que llevamos a América fue, en unidad indistinta, hispanidad y cristiandad».

Insiste en estas ideas en el discurso inaugural del curso 1942-43 en la Universidad Central, cuyo tema fue «Para una filosofía de la historia de España». Afirmó en esta alocución que el hombre hispánico ha hecho España y América o si se prefiere la Hispanidad y la Hispanidad aclara es «aquello por lo cual lo español es español. Es la esencia de lo español. Y porque esos países (los hispanoamericanos) tienen esa esencia en el fondo de su ser es por lo que son hispánicos y juntos constituyen la hispanidad...». Y, por supuesto, la esencia de lo español es el catolicismo, «el vínculo que une el catolicismo con España —asegura— es algo esencial y consustancial con la persona misma de la nación... Si fuera posible que España, alguna vez, dejase de ser católica, España habría dejado de ser España, y sobre el viejo solar de la Península vivirían otros hombres que ya no podrían ser llamados españoles». Por consiguiente «el catolicismo es consustancial con la definición misma, con la idea misma de la hispanidad». Y termina con una profesión de fe en los destinos de España y de la Hispanidad. «España se ha vinculado inquebrantablemente con Cristo, y Cristo siempre es, a la postre, el que triunfa, gane quien gane. ... Mantengámonos estrechamente unidos, por una parte, con la Iglesia de Cristo, y por otra parte, con “ese mundo común” de las naciones hispánicas. Con nuestros hermanos en América nos une la sangre, el idioma y, sobre todo, la religión». Es la misma idea que el cardenal Gomá desarrolló en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires de 1934. «América —dijo— es la obra de España. Esta obra de España lo es esencialmente del catolicismo. Luego hay relación de igualdad entre hispanidad y catolicismo». Este era el núcleo esencial, que en la década de los treinta imperaba en el pensamiento católico y tradicional español sobre la Hispanidad.

Y esta identificación de lo español y de la Hispanidad con el catolicismo fue recogida y reiteradamente afirmada por Franco por lo menos desde el

año 1938 en el que ante el representante de la Santa Sede manifestó en Burgos: «La religión católica ha sido crisol de nuestra propia nacionalidad; en sus misterios y en sus dogmas se inspiraron en los siglos más gloriosos de nuestra Historia el talento especulativo de nuestros filósofos, el genio lírico y dramático de nuestros poetas...» Con distintas variantes formularía esta misma idea machaconamente a lo largo de su dilatado mandato. Así, por citar algunos ejemplos, en el año 1952 dijo en la abadía de Montserrat: «La historia de España esta íntimamente ligada a su fidelidad a nuestra Santa Iglesia. Cuando España fue fiel a su fe y su credo, alcanzó la más grande altura de su historia; en cambio, cuando, olvidando o negando su fe, se divorció del verdadero camino, España cosechó decadencia y desastres... Nuestro descubrimiento de América, el secreto de los hechos asombrosos de nuestros invictos capitanes, que se lanzaron a la aventura más bien como locos que como hombres cuerdos, fue la fe religiosa que campeaba en sus estandartes, y el que detrás de los tercios heroicos de aventureros marchaba la Cruz de Cristo con el sacerdote a evangelizar a aquellos pueblos». Y en el Congreso Eucarístico celebrado en mayo y junio de ese año en Barcelona, consagró España a la Eucaristía y declaró que: «La historia de nuestra nación está inseparablemente unida a la historia de La Iglesia Católica. Sus glorias son nuestras glorias; y sus enemigos nuestros enemigos». Al año siguiente afirmaría en las Cortes: «Nuestra fe católica ha venido siendo, a través de los siglos, la piedra básica de nuestra nacionalidad». En el 63 se onorgullecería en Tarragona de haber combatido en el campo de Dios. Y en La Ley de Principios del Movimiento Nacional de 17 de mayo de 1958 (la ley fundamental, por excelencia, del período franquista) se proclamaba en el II de sus principios: «La Nación española considera como timbre de honor el acatamiento a la Ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación».

Este concepto de la «Hispanidad» encontró adeptos entre intelectuales hispanoamericanos que lo veían como el único dique capaz de contener la marea comunista que amenazaba a América, como consecuencia de los desajustes sociales que produjo la crisis económica del 29. A título de ejemplo pueden citarse los nombres de Víctor Andrés Belaúnde y Riva Agüero en Perú; Velasco Ibarra, en Ecuador; Mario Amadeo, en Argentina y Jaime Eyzaguirre en Chile.

En el año 1936, al estallar la Guerra Civil, el antagonismo entre la España conservadora y la progresista se radicalizó y afectó a todos los órdenes de la vida nacional y no sólo al político. Esta dicotomía fundamental tuvo, como no podía ser menos, su reflejo en el hispanoamericanismo español.

Uno de los bandos —el franquista— recogió en herencia el concepto conservador de la Hispanidad formulado, por Maeztu, García Morente, Vizcarrá y el cardenal Gomá, y lo deformó hasta convertirlo en mero instrumento de propaganda. Se exageró hasta lo hiperbólico nuestros, por otra parte, indudables lazos y vínculos históricos y culturales con los países iberoamericanos. En esta retórica propagandística y de combate, el concepto de Hispanidad se amalgama con las ideas de imperio, raza, religión, tradición, exaltación nacional española y menosprecio de todo lo precolombino.

En tanto, el hispanoamericanismo liberal español, vinculado ideológicamente al bando perdedor —el republicano— siguió como consecuencia de la derrota el camino del exilio precisamente hacia Hispanoamérica, donde algunos de sus preclaros representantes, como Altamira, José Gaos, Américo Castro, etc., realizaron una magnífica labor.

Uno de los ejes del deformado concepto de la Hispanidad fue la idea de Imperio. Esta aparece ya formulada en el 1934 en los Puntos Programáticos de Falange. El tercero decía: «Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera. Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de Poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales». El mismo fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, insistiría en más de una ocasión, en sus discursos, en la voluntad imperial de España. Bien es cierto que siempre formuló de manera abstracta esa voluntad, sin precisar reivindicaciones concretas. Otro teórico de la Falange, Ramiro Ledesma Ramos (creador de las JONS), perfiló más las aspiraciones españolas respecto a Hispanoamérica al afirmar en *La Conquista de Estado* que «nuestro papel en América no es, ni equivale al de un pueblo amigo, sino que estaremos obligados siempre a más. Nosotros somos ellos y ellos serán nosotros. La Hispanidad tiene un contenido más político y revolucionario que espiritual».

Estas vagas declaraciones enunciadas en vísperas de la Guerra Civil, se exaltaron hasta el paroxismo con el estallido bélico. La evocación de un glorioso pasado imperial y la quimérica pretensión de rehacerlo, unido a la idea de la Hispanidad, constituyeron un recurso propagandístico que, a diferencia de lo ocurrido con el hispanoamericanismo conservador de la preguerra, no tuvo un tratamiento cultural.

Sobre este tema Eduardo González Calleja y Frades Limón Nevado elaboraron un ensayo que con el título de *La Hispanidad como instrumento de combate*, publicó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en

1988. A él me remito. No resisto la tentación, sin embargo, de mostrar al lector algunas perlas de lo que entonces se decía y escribía por estos pagos.

Con motivo del 12 de octubre de 1938, Ángel B. Sanz escribía: «... la descubrió (América) Colón, con los ahorros de una Reina Católica. Y la volverá al solar hispano la gesta de Franco, que representa frente a la de Colón nada menos que la salvación de la cultura occidental, epopeya tan grande como la de 1492. Seguramente entonces México comprenderá el amor maternal».

Los tópicos de «la cruz y la espada» actualizados por el «mitad monjes, mitad soldados» de José Antonio cobran vitalidad, como antinomia al egoísmo burgués. García Morente identifica el ser hispánico con la figura del «caballero cristiano» que endereza las virtudes y el valor guerrero del caballero a la salvación del alma en sí mismo y en los demás.

Este ser hispánico, por supuesto, desdeña los bajos quehaceres materiales y se concentra en los del espíritu. «Mientras Europa —escribía La Orden Miracle en 1962— busca todavía un mercado común, Hispanoamérica posee un alma común». Y es ínsito a este alma común los más altos valores humanos. En el mismo año 62 el cubano Gastón Baquero decía: «En la mirada cruzada entre Isabel y los primeros indios llegados a Barcelona latían anticipados todos los derechos del hombre y del ciudadano».

Cuando terminada la contienda civil, se crea el Instituto de Estudios Políticos, como «el órgano a cuyo través se ha de realizar la total reforma del Estado», se le asigna, entre sus fines: «Ha de cumplir este Instituto esa ambición histórica de nuestro Movimiento que quiere hacer de España el Imperio de cruces y espadas que le marca un destino inexorable».

Jesús Evaristo Casariego define a la Hispanidad como «el servicio militar obligatorio de la Catolicidad» es «lo católico hecho voluntad de milicia». Casariego llega, incluso, como ya antes señalamos, a rechazar el término Hispanoamérica. Hispanidad, afirma, es el adecuado «más fraterno, más noble, más universal».

No se libraron de esta fiebre «imperial» intelectuales que después militaron en las filas del antifranquismo liberal, como Sainz Rodríguez que definía al Imperio como «el orden católico, la cultura clásica y el poderío militar»; o Antonio Tovar para quien el Imperio era «obligación y sacrificio, renuncia a la comodidad para lograr la obra eterna», y «nuestra historia una rectilínea preparación para la grandeza contrarreformista y nada más». Pemán llegó a escribir: «Imperio quiere decir, por ejemplo, que, de pronto, todos los niños de España quieren ser marinos o aviadores». Giménez Caballero poetizaba: «el aire huele a flores e Imperio». A la juventud, destinataria predilecta de esta desmedida